

DECADENCIA Y REGENERACIÓN EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX. LA MIRADA PROYECTIVA HACIA AMÉRICA

CÉSAR RINA SIMÓN

PROFESOR DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA EN LA UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

El reino de España entró en el siglo XIX sumido en una profunda crisis política e institucional, invadido por las tropas napoleónicas, sin referentes dinásticos y en una profunda crisis colonial que provocaría la paulatina pérdida del imperio ultramarino. A estos factores políticos habría que añadir el retraso económico-social en términos europeos comparativos, el escaso desarrollo industrial y la conversión de su territorio en imagotipo de espacio romántico, fronterizo entre oriente y occidente, incapacitado para entrar en el progreso y dominado por la intransigencia y la violencia. Estos elementos conformaron una noción de decadencia peninsular que, lejos de iniciarse con el “desastre” de 1898, tuvieron una impronta considerable y transversal en las culturas políticas, en la gestión del imperialismo y en la construcción del Estado-nación durante todo el Ochocientos. La extensión de la idea de decadencia entre la clase política y culta del país propició la irrupción de nacionalismos de sustitución: expectativas de regeneración a partir de la proyección y extensión de la influencia nacional a otros territorios. Así surgieron diversos proyectos que fundamentaban la regeneración en alianzas internacionales, en conquistas —como las guerras coloniales en México y en Marruecos en 1859— o en programas de confraternización política y cultural como el iberismo, el panlatinismo o el hispanoamericanismo.

En este sentido, la mirada retrospectiva y nostálgica del nacionalismo español no fue una excepción. Los procesos de nacionalización en toda Europa compartieron el mismo *leitmotiv*: la tensión decadencia-regeneración, la idea de un tiempo de esplendor nacional, coincidente con un pasado imperial o una edad dorada, confrontada a la decadencia del presente. Los nacionalismos también compartían una

sensación de ausencia, de entidad inconclusa, bien nostálgica con imperios o hazañas pretéritas —como es evidente en el caso español por la secesión de parte de su imperio colonial—, bien por la pérdida de horizontes identitarios que el empuje nacionalizador acabaría por enderezar. Hannah Arendt señaló en *Los orígenes del totalitarismo* la paradójica tensión espacial en la construcción de los Estados-nación: por un lado, enfocados en la búsqueda de un grupo nacional homogéneo y acotado por fronteras pero, a su vez, una proyección política, cultural e incluso étnica hacia otros territorios en los que cifraban su prestigio internacional. Ambas miradas, la interior y la expansiva, lejos de contradecirse, formaron el sustrato en el que enraizaron los imaginarios nacionales.

Un concepto clave en la mirada expansiva de los nacionalismos europeos fue el de “civilización”, entendiéndolo de manera polisémica como un espacio cultural, étnico, lingüístico o histórico que trascendía de los límites del Estado y que articulaba un horizonte de relaciones geoestratégicas “naturales”. Civilización podía ser un espacio de expansión político-militar, pero también un terreno en el que entablar alianzas supraestatales siguiendo patrones culturales: paneslavismo, pangermanismo, panceltismo, hispanoamericanismo, lusotropicalismo, europeísmo, etc. Desde mediados del siglo XIX se consolidó la imagen de una “civilización” española que abarcaba toda la península ibérica, el antiguo imperio colonial americano y, en determinados contextos relacionados con la hegemonía europea de los países septentrionales, el Mediterráneo latino. En todas estas proyecciones, el pasado era el escenario en el que se articulaban unas genealogías cuya recuperación servirían de remedio para la decadencia y como agente movilizador de la nacionalización.

La historiografía española ha focalizado la irrupción de las proyecciones exteriores y americanistas en la derrota de 1898. Sin restarle importancia a este

acontecimiento, consideramos que el “efecto 98” ha ensombrecido un proceso de largo recorrido y que se remonta a las revoluciones liberales burguesas y a las tentativas positivistas de crear una comunidad cultural —en un futuro, política— de alianzas y acercamiento entre naciones afines por historia, lengua o geografía. Estos lazos podían resituar a España en un escenario internacional caracterizado por la formación de grandes imperios y superar así la decadencia. Como han señalado Alda Blanco, Ferran Archilés o Josep Fradera, España se configuró como nación imperial a lo largo del siglo XIX y no se puede estudiar la gestión colonial como un apéndice o una nota al pie de página. Por el contrario, formó parte de la médula de la administración del Estado y de los imaginarios nacionales.

¿Por qué, entonces, el 98 continúa actuando como marca de agua de la decadencia y sus propuestas de regeneración proyectivas? Podríamos señalar múltiples factores, entre los que destacamos: la sobrerrepresentación académica en términos cuantitativos de historiadores dedicados a investigar el siglo XX; el sesgo historiográfico de situar los orígenes de los procesos en los mismos que sus campos cronológicos; la clasificación de grupos intelectuales en torno a generaciones cuyos miembros no escatimaron en autoimaginarse como los propiciadores de los debates nacionales; y la mimesis con otros procesos decadentistas con rasgos compartidos: el Affaire Dreyfus, la crisis del ultimátum en Portugal en 1890, la derrota italiana en Adua en 1896 o la crisis de Fachoda de 1898. Espíritu de una época que Max Nordau retrató en *Degeneración*, obra traducida al castellano por Salmerón en 1893.

El análisis de la prensa, los debates parlamentarios, las narrativas historiográficas y de los imaginarios identitarios de las culturas políticas españolas constatan la centralidad de la cuestión imperial —y su nostalgia— a lo largo de todo el siglo XIX, así como la búsqueda de regeneración a partir de la articulación de alianzas con las jóvenes

repúblicas americanas. Buena muestra de ello son los ciclos conmemorativos nacionalistas, que en España estuvieron protagonizados por el descubrimiento y colonización de América y que culminaron con los fastos conmemorativos colombinos del IV centenario en 1892, expresión pública de la relación directa entre regeneración nacional e hispanoamericanismo.

Desde mediados del siglo XIX numerosas publicaciones comenzaron a incluir secciones de noticias americanas. La *Revista española de Ambos Mundos* comenzó a publicarse en 1855; *La América*, en 1857; la *Revista Hispano Americana*, en 1870; *La Ilustración Española e Hispanoamericana*, en 1877; *La Academia. Revista de cultura hispano portuguesa, latino-americana*, en 1877, por citar solo algunos ejemplos. El hispanoamericanismo era además transversal a todas las culturas políticas y a los diversos modos de entender la nación. Menéndez Pelayo, Emilia Pardo Bazán, Castelar, Rafael María de Labra, Luis Vidart o Pi y Margall compartieron páginas, en 1893, en una antología de exaltación hispanoamericana. Por su parte, la Real Academia Española desde 1861 había mostrado interés en tener presencia en América, en 1866 comenzó a integrar a académicos americanos y en 1873 a abrir sedes en el continente.

La noción de decadencia no fue una idea original de la generación del 98 ni el resultado de la derrota estrepitosa ante los Estados Unidos. La temática estaba presente en los imaginarios nacionales desde los orígenes del Estado liberal. Buena parte de las obras que consideramos referentes de la literatura del 98 fueron publicadas años e incluso décadas antes del desastre: *Estudios sobre el engrandecimiento y la decadencia de España* de Pedregal y Cañedo; *L'Espagne telle qu'elle est* de Valentí Almirall; *La decadencia de la civilización de España* de Pompeyo Gener; *Los males de la patria* de Lucas Mallada; *En torno al Casticismo* de Miguel de Unamuno; o *Idearium español* de Ángel Ganivet. Podemos señalar por tanto que la

dialéctica entre decadencia y regeneración, la nostalgia imperial o la proyección civilizacional hacia América formaron parte medular del proyecto nacional español del siglo XIX, y no solo desde la órbita nacionalcatólica y conservadora, también estuvo muy presente en las culturas políticas progresistas y republicanas. Ciertamente es que el pasado conmemorado planteaba matices: el nacionalcatolicismo celebraba la evangelización y el imperio militar, mientras el republicanismo señalaba la hazaña técnica, el progreso que permitió el “encuentro” y el papel de España en la “civilización” americana. En cualquier caso, la celebración del pasado americano era una forma de convocar el futuro, de proyectar la redención nacional en un proyecto supraestatal.

Hasta la década de 1870, el principal mecanismo regenerador proyectivo fue el iberismo, la expectativa de que la unión o acercamiento de Portugal y España permitirían a ambos países recuperar su posición hegemónica. Esta idea entroncaba con los nacionalismos románticos y con los proyectos de reorganizar el mapa europeo siguiendo criterios racionales —históricos, geográficos o etnográficos— en contra del *status quo* formado por luchas dinásticas, responsables de la escisión peninsular. Tras el fracaso de la Revolución Gloriosa, la Restauración Monárquica dejó a un lado el regeneracionismo ibérico, anhelo superado por un proyecto más cultural e indeterminado que político, cuya elasticidad facilitó su integración en los imaginarios nacionales desde diferentes polos ideológicos. La rápida extensión del hispanoamericanismo como herramienta regeneradora se explica también por el papel de los agentes culturales intermedios en los procesos de nacionalización —ateneos, asociaciones, cafés, etc.—.

A modo de conclusión, destacamos que el hispanoamericanismo fue una proyección cultural y política ligada estrechamente al binomio decadencia-

regeneración, que surgió a la par que las independencias americanas y que a mediados del siglo XIX formaba parte de las narrativas historiográficas y de las culturas políticas españolas. Esta proyección civilizacional no se tradujo en ningún proyecto político específico más allá de conmemoraciones, integración de símbolos, usos del pasado y declaraciones de confraternización. Sin embargo, sí actuó como aglutinante de las diversas ideas de nación española y como expectativa de regeneración.

Bibliografía básica

Álvarez Junco, José. (2001). *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*. Madrid, Taurus.

Archilés, Ferran. (2013), ¿Ni imperio ni imperialismo? El imaginario nacional español y el imperialismo africanista en la España de la Restauración (c.1880-c.1909). En *Nación y nacionalización. Una perspectiva europea comparada*, Valencia, PUV, pp. 201-224.

Blanco, Alda. (2012). *Cultura y conciencia imperial en la España del siglo XIX*. Valencia, PUV.

Eastman, Scott. (2021). *A Missionary Nation. Race, Religion, and Spain's Age of Liberal Imperialism, 1848-1881*. Lincoln, University of Nebraska Press.

Fernández Sebastián, Javier. (2021), *Historia conceptual del Atlántico ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.

Fradera, Josep. (2015), *La nación imperial (1750-1918)*. Barcelona, Edhasa.

Marcilhacy, David. (2010). *Raza hispana: hispanoamericanismo e imaginario nacional en la España de la Restauración*. Madrid, CEPC.

Moreno Luzón, Javier. (2021). *Centenariomanía. Conmemoraciones hispánicas y nacionalismo español*. Madrid, Marcial Pons.

Pérez Vejo, Tomás. (2015). *España imaginada. Historia de la invención de una nación*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.

Rina Simón, César. (2018). Proyección exterior, hispanoamericanismo y regeneración nacional en la península Ibérica en el siglo XIX. En *Historia Mexicana*, LXVII/4, pp. 1597-1631.

Rina Simón, César. (2016). *Iberismos. Expectativas peninsulares en el siglo XIX*. Madrid, Funcas.

Sepúlveda, Isidoro. (2005). *El sueño de la Madre patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo*. Madrid, Marcial Pons.

Tomasoni, Matteo y Rina Simón, César. (2021). Ecos imperiales: diálogos sobre la ¿el? imperio nostalgia. *Revista de historia Jerónimo Zurita*, 98.